

Tampoco es posible dejar con dos artículos á *Ipandro*.

Voy á hacerle otro, que regularmente será el último, por aquello de que á las tres va la vencida.

Al concluir de exponer el argumento del idilio III de Teócrito, dice el señor obispo de Linares:

«La primera parte de la Égloga octava de Virgilio está calcada sobre esta hermosa *pastoral*»

De modo, que si el señor obispo de Linares deja de hacer versos y dirige una carta doctrinal á sus diocesanos, diremos que les ha dirigido una *pastoril*.

Lo que es para volver las cosas al revés, no hay como un académico.

En todo este idilio menudean los ripios como en los demás.

Verbigracia:

«Y mira no te acerques al carnero
Que de Africa me vino, porque *cuerna*.»

¡Cuerno con el verbo! ¿Con que *cuerna*, eh?
Después hay algunos otros versos malos
como los que siguen:

«Del monte se *crió entre* los helechos...»
«Desnudo *saltaré á la* mar vecina...»

Tiene gracia el comienzo del idilio IV.
Pero es una gracia como la que hacían los
famosos hijos de María-Ignacia, de puro
feos.

Empieza así:

—«Díme, buen Coridón, *por vida tuya*,
¿De quién son estas vacas? ¿De Filondas?
—No, que el dueño es Egón, y de orden *suya*
Las apaciento.—*La verdad no escondas*,
¿Secretamente á todas las ordeñas
De la alta noche en las tinieblas *hondas*?
—A fe que no, *si en preguntar te empeñas.*»

¡Ah! Y si no se empeña en preguntar, ¿las
ordeña?...

Por *vida tuya*... la *verdad no escondas, si en
preguntar te empeñas*... Todo ripios.

Más adelante dice también un pastor á
otro:

«A mí también llamábame mi *madre*
Más robusto que Polux. Son consejas
Que al vulgo no creeré *por más que ladre.*»

¡Claro! Para aconsonantar con *madre*...
hacer que el vulgo *ladre*...

Más ladran algunos *poetas académicos*...
Algo más.

Después dice:

«.....al irse á Pisa
Me regaló su músico instrumento,
Y sé pulsarlo, *de cantor á guisa.*»

¡De cantor á guisa!...

Vaya otro verso:

«Y él de la selva *lo traía riendo*...»

Y otro:

«Tuviera mi bastón de *sólida haya.*»

¿*Solidaya*?

Y otro:

«Que por correr tras ella el pie me he herido.»

¿El pie *merido*?

Y otro:

«Un cerdo *desafió á Minerva el canto.*»

Todos estos renglones y otros así, cree el
señor Montes de Oca que son versos endeca-
sílabos, pues los da como tales.

Y también dice:

«A su cabrero arroja mil manzanas
En el monte la hermosa Clearista
Y partiendo veloz, *silba con ganas*.....»

¿*Con ganas*, eh? Pues cualquiera de los lec-

tores las tiene de silbarle á usted, y crea usted que si no lo hacen, es por ser usted obispo...

Quando dice usted verbigracia que

«Oliendo á queso le abrigaba el pecho»,

si no fuera usted obispo ¡buena se armaría!
O cuando dice que la calandria

«Lejos chillaba allá entre las espinas.....»

¡Lejos chillaballántre!.....

En el idilio VIII dice Menalca á

«Dafnis, custodio de la grey mugiente»

que no quiere apostar un cordero, y se lo dice así:

«... ¡Oh, no! Mi suerte
Un corderillo de apostar me guarde
Que duro padre, advierte,
Y madre, tengo, de carácter fuerte,
Y las ovejas cuentan cada tarde.»

Es imposible decir peor, ni más prosaica, ni más oscuramente las cosas.....

«Que duro padre, advierte, y madre, tengo.....»

Eso no es castellano; será académico á lo sumo.

—«Pues algo en poner piensas»

replica el otro pastor, y en efecto, apostaron, y llamaron para juez á un cabrero.

«Le hablaron los donceles y al llamado
El cabrero acudió de ser contento
Juez en la dulce lid. Suertes tirando
Ser primero tocó á Menalca blando.....»

Pero, señor Carulla, digo, señor Montes de Oca, que le había confundido á usted con Carulla, por la semejanza de los versos... ¿le parece á usted que gastar el tiempo en desacreditar de esa manera el habla castellana, no le ha de costar á usted por lo menos muchísimos años de purgatorio?

Pues ¿y esto?

«¡Oh, de las cabras cándidas marido!.....»

¡Señor obispo de Linares!

¿Le parece á usted, que es decente, ni medio decente, llamar al macho cabrío *marido de las cabras*?

Pues no señor, no. Eso es una porquería muy grande y una irreverencia contra la liturgia católica, que consagra la palabra *marido* para designar al hombre casado.

¿Cree usted que el marido no tiene más digna misión que el macho cabrío?

¡Pobre humanidad! ¡Cómo la honran y la glorifican estos malos poetas!.....

¡Oh, de las cabras cándidas marido!.....

¡Y es un obispo el que esto dice!.....
Verdad es que lo dice para empezar una
estrofa llena de disparates.....

«¡Oh, de las cabras cándidas *marido!*
¡Oh selva colosal!
¡*Romos* cabritos! *Filis* ha venido,
Llegad al manantial.
¡Carnero *descornado!* Di á mi ninfa
Que aunque divino ser
Tiene Proteo, en la marina ninfa
Las focas va á *pacer*.....»

También algunos poetas creo que han de
dar en *pacer*, si no focas, hierbas, por entre-
garse á todas las extravagancias.

Y continúa en el idilio IX.

«Une á halcón con halcón amor ardiente.....»

Alcón con halcón, con... con... con.....

«Une á halcón con halcón *amor ardiente*,
La hormiga laboriosa *ama* á la hormiga
Y la cigarra á la cigarra *abrasa*.....»

Y siempre con el mismo tema... Siempre
cantando el amor de los brutos... Que si es
marido de las cabras el macho... que si la ci-
garra *abrasa* á la cigarra.....

Todo como para decir á los hombres: esa
es la vida, lo demás es cuento.

¡Excelente tarea para un obispo!
Nec nominetur in vobis, decía el apóstol

San Pablo á los fieles de Éfeso; *fornicatio...
et omnis immunditia, nec nominetur in vobis,
sicut decet sanctos* (1).

Y el señor Montes de Oca, sucesor de los
apóstoles, proporciona á los fieles de Méjico
y á los de todo el mundo, lecturas que les re-
cuerden y les hagan amables esas mismas
inmundicias de que San Pablo no quería ni
que se hablara entre ellos.

Y es de advertir, que además de *cantar* las
delicias sensuales en la traducción de los idi-
lios, les pone notas, intercalando en ellas á
menudo árboles genealógicos, para enterar á
sus fieles minuciosamente de los criminales
enlaces de los dioses y de los héroes mitoló-
gicos.....

¡Y todo, por la vanidad de publicar versos,
tan rematadamente malos como éstos con-
que empieza el idilio X!

«¡Vigoroso arador! ¿Qué te sucede
Que ni un *sulco* derecho *¡infortunado!*
Como antes, abrir hoy tu mano puede?
No siegas bien de tu vecino *al lado*,
Si no que, cual la grey sigue tardía
Oveja, á quien las zarzas han punzado
La planta, atrás te quedas. Todavía
Ni aun una calle entre la mies abriste
¿Qué á la tarde será? ¿Qué al medio día?.....»

No sé *qué á la tarde será*, ni *qué al medio*

(1) Ephes. v. 3.

día, pero regularmente será que continuará usted ensartando ¡infortunado! como antes, versos de esos en que no hay ni asomos de oído, ni aun una pizca de buen gusto.

Crea usted, por Dios, señor Montes de Oca, que todo eso es malísimo, y crea usted que quien le diga que eso es bueno, ó que es pasadero siquiera, no sabe lo que dice ó le engaña á usted miserablemente.

Crea usted que no sólo no es usted poeta, sino que ni siquiera sabe usted hacer versos. Más adelante, en el mismo idilio X, dice:

«¿Conmigo armoniosas
Cantad á mí doncella *descarnada?*»

¡Le parece á usted!.....
Y luego:

«... no consigo
Murmure el pasajero:
¡Eh! no valéis un higo.....»

Precisamente. Eso murmurará el pasajero *consigo* como usted dice: eso murmura de los versos de usted.

Porque en realidad no valen un higo.
Ni una higa.

«Los que trilláis el grano.....»

No, señor: el grano no se trilla: se trilla la paja.

«¡Avaro despensero!
Mejor será *que guises de contino*
Lentejas al brasero.
No te hieras *sin tino*
La mano cuando partas *el comino.....*»

¡Mejor sería que el señor obispo *guisara de contino* (como él dice con frase infeliz) pastorales cristianas ó exhortaciones á sus fieles, y no hiciera á los pastores *guisar lentejas al brasero* como si le tuvieran!.....

En el idilio undécimo dice de un pastor:

«Nada cuidaba ya: del monte al hato
La grey tornaba sin pastor ni guía;
A su bella cantando el insensato
Desde el alba en la playa *se escocía.*»

¡Así, ni más ni menos!
Y luego:

«Cual uva que *inmatura verdeguea.*»

Dos disparates, porque ni *inmatura* es castellano, sino latín, ni se dice *verdeguea*, sino *verdiguea*, por más que en el Diccionario ponga la Academia *verdeguear*, porque no sabe lo que pone.

Como usted cuando dice:

«Huye al mirar *el espumante lobo.*»

¿Me quiere usted decir por qué llama usted al lobo *espumante?*

Y después:

«¡Oh, Galatea, sal!

Esto se parece á lo que cantan los rapaces
para hacer chiflas de salguera, en Mayo,
cuando los árboles sudan.

«Sal, Mariquita, sal
Si quieres bailar
Con un chiquito rojo
De mi lugar.»

Pero no se parece más que en el principio,
porque después lo del señor obispo no se en-
tiende:

«¡Oh Galatea, sal! y una vez fuera
Tornar olvida á tu espumosa casa
Como sentado aquí, á mí mismo pasa.»

¿Qué tal?

«...Dulce fuente
Halla *inmediatamente*
Al fin de una llanura,
Que brota cristalina cabe un antro...»

¿Una llanura brota cristalina?
Ya sé yo que el señor obispo querrá que
brote la fuente, pero la sintaxis se opone á
su deseo.

Idilio XIV.

Diálogo curiosísimo:

—«¿Un siglo? ¿Pues qué te pasa?..
—¡Ay Tiónico querido!
Des que te vi han sucedido
Grandes cosas en mi casa.
—¡Bah! Por qué tienes comprendo
El rostro tan demacrado
El cabello enmarañado
Y un bigotazo tremendo...»

¿De modo que cuando pasan *grandes cosas*
en casa de uno se le hace *grande* el bigote?..
Es un descubrimiento...

Allá va otro:

«Y descubrí *sin premura*
Que causaban sus dolores
Desesperados amores
Con la harina y levadura.»

Amores con la harina y levadura y descu-
biertos *sin premura*... ¡Cualquiera lo en-
tiende!...

Lo que es si el señor obispo no hubiera te-
nido la amabilidad de aclararlo en una nota,
ustedes y yo nos quedábamos en ayunas.

Gracias á la susodichá amabilidad del se-
ñor obispo, sé yo y puedo contar á ustedes
que eso de los *amores desesperados con la ha-
rina y levadura descubiertos sin premura*, quie-
re decir que el sujeto tenía hambre.

Vamos, que estaba enamorado del pan,
como cualquier liberal de nuestros tiempos.